

WARHAMMER®
AGE OF SIGMAR

DOMINIO

DARIUS HINKS

minotauro



DOMINIO

minotauro

Título: *Dominio*

Versión original inglesa publicada por Black Library, 2021.

Dominion, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Storm Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Dominion*

Ilustración de Stormcast Eternals: Paul Dainton

Ilustración de la batalla de Dominio: Alex Boyd

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: Simon Saito

ISBN: 978-84-450-1225-3

Depósito legal: B. 5.184-2022

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

La ciudad gruñó y se tambaleó y Niksar estuvo a punto de caer del muro. Se había instalado sobre un dintel partido con vistas a una de las calles menos acogedoras de Excelsis: un laberinto permanentemente azotado por la lluvia de cobertizos y chozas que parecían más desechos que construcciones. Las Venas siempre había sido una de las zonas más pobres de la ciudad, y durante los temblores de los últimos meses, varias calles habían desaparecido a causa de los socavones que habían dejado a la vista los horrores que se retorcían en los cimientos de la ciudad.

Excelsis estaba sitiada. No solo por las tribus de pieles verdes, también por la misma tierra. Las paredes gruñían mientras las larvas devoraban el mortero que las mantenía en pie y las cloacas estaban infestadas de lagartos que salían por las bocas de las alcantarillas. Las tejas caían de los tejados empujadas por roedores con plumas que chillaban estridentemente. No quedaba nada estable en la ciudad. El suelo se movía constantemente y cada vez que una losa se hacía añicos dejaba a la vista una nueva repugnancia. Era como estar en la cubierta superior de un barco mientras está hundiéndose. Y cuanto más cerca de las murallas de la ciudad se estaba, más violentas eran las sacudidas.

Niksar lanzó una mirada en dirección a Ocella con la esperanza de que ya estuviera a punto de terminar. A pesar de que solo los separaban media decena de metros, apenas la distinguía a través de los montones de basura

y de escombros. Estaba seguro de que ya había amanecido, pero era evidente que la luz prefería ir a otros sitios. Niksar podía comprenderlo.

Hasta donde él sabía, el intercambio estaba transcurriendo de acuerdo con lo planeado. No había nadie en la calle y Ocella conversaba animadamente con su contacto, sin dar muestras de alarma. Le había prometido a Niksar que sería un trabajo fácil. Ocella había recibido un aviso de uno de sus soplonos y tenía que verse con un estibador del puerto para comprarle cierta información, y, como siempre, quería que Niksar estuviera cerca por si la cosa se torcía. Niksar casi deseaba que surgieran problemas solo para poder cambiar de postura, pero todo parecía ir a las mil maravillas. El operario del puerto era un viejo lobo de mar con el que Ocella había hecho tratos antes. Caminaba encorvado y tenía muchas arrugas, pero Niksar no le echaba más de treinta años. La vida al otro lado de las murallas de la ciudad era muy dura y pasaba factura a todo aquel que navegaba por la Costa de los Colmillos.

El estibador no paraba de mirar a un lado y a otro del callejón sembrado de escombros con evidente nerviosismo, y Niksar podía ver por qué Ocella le había pedido que se escondiera encima del muro.

Ocella se encogió y luego echó la cabeza hacia atrás riendo. Tenía una risa peculiar; era una especie de balbuceo que a Niksar le recordaba una tos perruna. Cuanto más trabajaba con ella, más rara le parecía esa chica. Sabía que tenía dinero, pero siempre iba vestida con unas mugrientas pieles de animales y una capa de plumas harapienta y grasienta. Al mirarla daba la impresión de que nunca había dormido debajo de un techo. En la cabeza llevaba un tocado de plumas siempre torcido y docenas de diminutos cráneos de pájaros ensartados en el pelo que repicaban cuando se movía. Y nunca paraba quieta. Con la mugre y las plumas siempre tapándole el rostro, era difícil saber a ciencia cierta qué edad tenía, pero Niksar le echaba unos veinte años. No obstante, Ocella se comportaba como si fuera una anciana paralítica, y siempre estaba estremeciéndose, escupiendo y rascándose. Se apoyaba en un bastón hecho con el hueso de un ala que era más alto que ella y temblaba en sus manos cuando hablaba, y del pico que lo coronaba caía una especie de lluvia.

El encuentro continuó sin sobresaltos y Niksar perdió el interés en él y se distrajo. Nunca se lo había mencionado a Ocella, pero el papel de vigilante no era el más apropiado para sus cualidades. Se puso a pensar en el trato que esperaban hacer al día siguiente con un armero de la calle Quadi y sus divagaciones lo llevaron de vuelta a su fantasía favorita,

ambientada en un futuro lejano. Se imaginó saliendo de la miseria en la que había estado hundido durante los primeros veinte años de su vida. La ciudad estaba al borde de la destrucción, pero sus perspectivas de futuro nunca habían sido más halagüeñas. Esta vez estaba muy cerca de conseguirlo. Estaba muy cerca de convertirse en alguien importante, alguien que no tuviera que luchar permanentemente para ir tirando. Muchos de sus planes habían quedado en agua de borrajas, pero gracias a su colaboración con Ocella había acumulado una colección increíble de objetos. Por muy rara que fuera, tenía que reconocer que formaban un buen equipo. Y puesto que Ocella creía que en la ciudad todo el mundo quería matarla, Niksar no veía en el horizonte el final de la sociedad que formaban. Imágenes de opulencia y de poder poblaban su cabeza.

Un movimiento junto a su mano lo sacó de esas ensoñaciones. Un escarabajo salió de debajo de una piedra y saltó sobre un gordo gusano que se arrastraba lentamente. El coleóptero envolvió a su presa con la mandíbula y se lo tragó entero. Tras darse el festín, el escarabajo dio unos pasos y luego se detuvo, como si de pronto recordara algo. Niksar se inclinó para observarlo de cerca, fascinado, a sabiendas de lo que iba a pasar a continuación. Como era de esperar, el escarabajo sufrió un espasmo y cayó sobre un costado. Se revolvió para intentar ponerse de pie otra vez, pero entonces su caparazón explotó y dejó a la vista una masa formada por una multitud de larvas. Los gusanos adultos se sacrificaban para que sus crías disfrutaran de un sustancioso banquete nada más nacer. Niksar hizo una mueca de asco mientras observaba a las larvas que devoraban a su huésped. Había tantas que apenas tardaron unos segundos en engullirlo por completo.

«La tierra siempre está hambrienta», pensó Niksar recordando las palabras de una antigua canción thondiana.

Sonó un estruendo ensordecedor en el callejón, al que siguió el olor acre de la pólvora. Niksar maldijo sorprendido y saltó del muro al mismo tiempo que desenfundaba el sable y perforaba la lluvia con la punta.

Ocella retrocedió tambaleándose y Niksar temió por un momento que hubieran disparado a su gallina de los huevos de oro. Los animales se movían debajo de sus pieles y sus ojos vidriosos escrutaban la llovizna con una expresión de pánico debida a la explosión. Entonces Niksar reparó en que el estibador tenía un agujero en la frente. El hombre cayó desplomado al suelo con la respiración anhelosa.

—Por los dientes de Sigmar —masculló Niksar. Hasta entonces, siempre que había colaborado con Ocella en un trabajo su presencia había sido una mera formalidad. La chica era una paranoica, pero nunca había habido una necesidad real de llevar un guardaespaldas.

El callejón estaba vacío, pero el ruido del disparo se habría oído en las calles aledañas. Era posible que aparecieran curiosos o incluso soldados de la guardia de la ciudad.

—¡Niksar! —gritó Ocella retrocediendo del cadáver. Estaba histérica y agitaba el bastón en las sombras.

—¡Maldita sea! —exclamó Niksar mientras corría hacia ella con la mirada fija en el cuerpo inmóvil.

Ocella miraba todos los lados menos a él. Sus globos oculares giraban dentro de sus cuencas hundidas como si estuvieran sueltos.

—¿Por qué no estabas vigilando? —preguntó la chica con esa risa suya tan particular—. ¡El vigilante que no vigila!

La expresión tensa de sus ojos dejaba claro que la situación no le hacía ni pizca de gracia. Metió las manos debajo de las pieles que llevaba encima para intentar calmar a los roedores y a los pájaros.

Oyeron un ruido de pasos que se dirigían hacia ellos y Niksar arrastró a Ocella detrás de un cobertizo.

—El disparo vino de allí —musitó él escrutando las sombras. Empujó a Ocella para que se fuera hacia el fondo del escondite, pero ella se agarraba a él como una niña aterrorizada.

—Te lo dije —susurró Ocella—. Van detrás de mí.

—¿Quiénes? —quiso saber Niksar, pero antes de que ella pudiera responderle, una figura apareció ante sus ojos. La luz cenicienta del alba recortaba su silueta mientras caminaba con paso firme pisando los charcos—. Es un soldado de la guardia —masculló Niksar al ver el uniforme de la Freeguild, el peto de la armadura y el ancho sombrero empenachado del recién llegado.

—¿Un soldado? —preguntó Ocella, sacándose un mechón de pelo chupeteado de la boca y colocándose detrás de la oreja. Intentó disimular su pánico, pero las contracciones nerviosas de su boca la delataban—. ¿Aquí? Nadie viene aquí. Por eso precisamente elegí este lugar. Aquí nunca viene nadie. Si le preguntas a cualquiera sobre este callejón, te dirá que...

—¡Niksar! —gritó una voz conocida.

Ocella soltó un grito ahogado y clavó la mirada en Niksar.

—¿Me has vendido? —La chica tenía los ojos llenos de lágrimas—. ¿Tú? Creía que podía confiar en ti.

A Niksar el palpitaron las sienas. Estaba furioso.

—¡Por supuesto que no te he vendido! Solo porque quiera ganarme unos destellos eso no significa que sea un...

—¡Niksar! —volvió a gritar el soldado, apuntando con su pistola en su dirección y acercándose lo suficiente para que Niksar le viera la cara. Era una mujer de unos veinticinco años, con un rostro orgulloso de facciones angulosas y unos grandes ojos negros. Era alta, de hombros anchos y aspecto imponente.

Niksar bajó la espada.

—¿Zagora?

—¿Quién es? —masculló Ocella, revolviéndose y empujando para intentar ver.

—Mi hermana. No te hará... —Niksar dejó la frase en el aire cuando sus ojos se posaron en el cadáver del estibador—. ¿Qué haces aquí, Zagora? —preguntó saliendo de su escondite.

—Salvarte la vida. —Recargó la pistola mientras dejaba atrás a su hermano para acercarse al cuerpo tirado en el suelo.

La rabia sustituyó a la preocupación en Niksar. Su hermana se había forjado una carrera impresionante en uno de los regimientos de la Free-guild de la ciudad. Estaba arriesgando mucho yendo allí y juntándose con gente como él y Ocella, no digamos ya por andar disparando estibadores.

—¿De qué hablas? —preguntó Niksar, siguiéndola hasta el cadáver.

Zagora apoyó una rodilla en el suelo junto al cuerpo, evitando el charco de sangre que se expandía rápidamente, y abrió el jubón del hombre muerto. Luego retrocedió y chocó con su hermano.

—¿Qué? —Niksar apuntó con la espada al cuerpo como si esperara que algo saltara hacia él. Se le aceleró el pulso al ver los tatuajes que cubrían el torso del estibador.

—Los Dioses Oscuros. —Zagora se hizo la señal del martillo en el pecho sin despegar los ojos de los símbolos dibujados toscamente en la piel del muerto. Se volvió a Niksar con una expresión neutra en el rostro—. ¿En qué andas metido, hermanito?

Niksar negó con la cabeza.

—Esto no está bien. Yo solo estaba aquí para...

—Hoy van a realizarse purgas, ¿lo sabías? Durante toda la mañana, por toda la ciudad. —Señaló el cadáver—. Por gentuza como esta. Por él.

Sonó un traqueteo a sus espaldas, seguido por el chapoteo de unos pies que corrían. Niksar se dio la vuelta como una exhalación y vio que Ocella se escabullía a través de la penumbra con una velocidad sorprendente, con la cabeza agachada. Niksar se planteó salir en su persecución, pero su hermana hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Será mejor que no te vean con esa mujer. —Señaló con la cabeza en el sentido opuesto, en dirección al otro extremo del callejón—. Ve por ahí.

Niksar vaciló y miró el cadáver.

—Mi dinero.

—¿Es que no te das cuenta de lo mal que está todo? ¿Incluso para ti? —Zagora señaló los edificios ruinosos—. Esta ciudad está desmoronándose. No es el mejor momento para que te vean con miembros de las sectas. ¿No ves lo que tiene en el pecho? Este hombre era un hereje. Solo con que lo toques te colgarán delante de la torre de los Ángeles Blancos y las gaviotas se alimentarán de tus tripas.

Niksar fijó de nuevo la mirada en el cuerpo. Los tatuajes eran tan repulsivos que incluso costaba mirarlos. La figura principal era muy sencilla, una forma enroscada que semejava un pez con un círculo en su mitad inferior, pero eran los detalles lo que más impresionaba, las intrincadas llamas y las escamas de tinta que se transformaban en unas caras que gritaban. Estos rostros eran en parte humanos y en parte otra cosa, algo que Niksar no podía definir pero que le causaban un terror inexplicable.

Asintió débilmente y siguió a su hermana. En cuanto salieron a una de las calles principales, Zagora dejó de correr y continuó caminando con paso firme y despreocupado, sin prestar atención a las miradas que se posaban en ella. Iba vestida con el uniforme dorado y rojo de la compañía Fénix, uno de los regimientos que se habían creado a raíz de los problemas que estaban asolando últimamente la ciudad. Su aspecto imponente hacía que la gente se dispersara a su paso y se metiera en sus diminutas y precarias chabolas.

—Yo no sabía nada. —Niksar todavía tenía el corazón acelerado. No podía sacarse de la cabeza los tatuajes que acababa de ver. Había gente que había terminado en la cárcel solo por mirar símbolos como esos—. ¿Cómo te enteraste? Ocella siempre me pareció una persona honrada...

—¿Honrada? —Zagora fulminó con la mirada a su hermano.

Niksar se humedeció los labios con la lengua.

—Quizá honrada no sea la palabra adecuada. Pero nunca se me pasó por la imaginación que pudiera estar metida en nada relacionado con... Me cuesta creer que se mezclara a sabiendas con las sectas. No pensaba que...

—Tú no piensas, hermanito. Casi nunca. ¿Le preguntaste dónde había conocido a ese estibador?

—Si te soy sincero, es inútil preguntarle nada. Normalmente no...

—Podrías acabar colgado de una soga. —Zagora miró a su alrededor y añadió en voz baja—: Y yo también, si alguien ha visto lo que ha pasado. O si esa bruja decide hablar.

—No hablará —afirmó Niksar, transmitiendo más seguridad con la voz de la que sentía realmente—. Y es una idiota, no una bruja. Y yo soy la única persona en esta ciudad en la que confía. No hará nada que pueda perjudicarme.

Zagora negó con la cabeza y continuó caminando.

—Me enteré por alguien del regimiento, Niksar. Me da miedo pensar que alguien más haya podido enterarse. Ese estibador estaba conectado con una secta llamada el Reflejo de la Cuchilla. Luego oí que estaba vendiendo cosas a alguien llamado Ocella, y recordé que tú trabajabas con una Ocella. ¿No erais socios?

Niksar respiró hondo para intentar tranquilizarse.

—No somos exactamente socios. Yo no utilizaría esa palabra. En realidad solo soy su guardaespaldas. —Niksar era un tipo enjuto, pero era bueno con la espada y había crecido en las calles, así que compensaba con creces la corpulencia que le faltaba con su agilidad y su valor—. Escucha, en realidad no hemos hecho nada malo. Me has sacado de un lío, Zagora. Nunca lo olvidaré.

Entraron en una de las avenidas principales de la ciudad, que desembocaba en una vasta plaza de mercado. La ciudad era tan inestable como Ocella, pero la vida continuaba. Los comerciantes ya estaban instalando los toldos de barbas de ballena y descargando sus productos, y la actividad atraía a una multitud de gaviotas que chillaban estridentemente y bregaban con la lluvia.

—Es posible que todavía no hayas salido del todo del lío —repuso Zagora—. Los cazadores de brujas son los organizadores de las purgas de hoy.

—¿La Orden? —Niksar se detuvo en seco.

Zagora le hizo un gesto para que continuara caminando.

—Tenemos que poner distancia con el cadáver.

Niksar negó con la cabeza mientras avanzaba a trompicones por la plaza. Los miembros de la Orden de Azyr eran unos fanáticos radicales, unos asesinos que mataban a cualquiera que consideraran una amenaza para la fe sigmarita. Eran célebres por la inventiva que demostraban en sus métodos para conseguir información. Los fanáticos habían ganado poder a medida que crecían los ataques a la ciudad, y atacaban con absoluta impunidad a cualquier persona que juzgaran sospechosa.

—Y tú debes mantenerte alejado de esa mujer —aseveró Zagora.

Salieron de la plaza y continuaron sin detenerse hacia la claridad de los límites de Las Venas. Finalmente, después de caminar durante media hora, dejaron atrás las chabolas de la miserable barriada y entraron en las calles más amplias y limpias del barrio del Templo, con sus espléndidas fachadas de piedratormenta. Allí los edificios se habían construido a conciencia y eran sólidos, y en su mayor parte se mantenían intactos. No obstante, incluso allí había grietas en las calzadas que dejaban a la vista las ominosas y sinuosas formas que escondía el subsuelo. A medida que ascendían por los diversos niveles de la ciudad, los hermanos atisbaron la bahía y los muros del colosal bastión de Excelsis, jalonado de guarniciones y de cañones contra los asedios. Al otro lado del puerto azotado por la lluvia y de los mástiles de los barcos que cabeceaban en el agua, Niksar vio el Consecralium, la intimidante fortaleza de los Ángeles Blancos. Probablemente era la última esperanza de supervivencia de la ciudad. Pero también podría convertirse en el lugar de su último descanso si todo salía mal.

Zagora reparó en la desazón que había en la mirada de su hermano y se detuvo. Se apoyaron en una pared para recuperar el aliento.

—Mira, están pasando tantas cosas ahora mismo que es posible que tu idiotez pase desapercibida. Tienes que prometerme que no volverás a relacionarte con esa mujer. Además, he matado a ese estibador, así que no creo que él se vaya de la lengua. Y estoy segura de que no has sido tan estúpido como para dejarte ver en compañía de Ocella. Mientras no haya algo que te relacione con ellos, la Orden no irá a por ti.

Niksar frunció el ceño.

Zagora escrutó el rostro de su hermano.

—¿Sí hay algo que te relaciona con ellos?

Niksar se volvió de nuevo hacia el Consecralium y se imaginó a los Ángeles Blancos saliendo en tropel de sus profundidades para inmovilizar contra las paredes a los infieles.

—Hay... Bueno... Es posible.

Zagora cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra la pared.

—Ocella no solía pagarme con destellos —continuó Niksar, refiriéndose a las piedras proféticas que se utilizaban como moneda en Excelsis—. Teníamos un acuerdo. Yo la protegía y ella compartía conmigo los objetos que... adquiriría.

A Zagora le hicieron gracia las palabras de su hermano.

—¿Tú la protegías?

—Sigue viva, ¿no?

Zagora se echó a reír.

—No me explico cómo has podido acabar convertido en un guardaespaldas profesional. Te vi encima de aquel muro. Estabas completamente distraído cuando disparé al estibador, soñando despierto. Como siempre.

—Yo no soy así.

Zagora no hizo caso de la mofa de su hermano.

—¿Guardas todos los «objetos» que Ocella ha ido dándote?

—¿Por qué iba a hacerlo? Sabía que era un bicho raro, pero no tenía ni idea de que estuviera metida en una secta.

—No sé si pertenece a una secta. Pero lo que es seguro es que no es muy mirada con las compañías que frecuenta. Me sorprendería que mañana siguiera viva. No es un buen momento para mezclarse con sociedades de dudosa reputación. ¿Guardas o no todos los objetos que te ha dado?

—Sí. Tenía planeado venderlos como una colección. Verás, necesito reunir una buena cantidad de destellos. Tengo un problema con...

Zagora levantó la mano para pedirle que no continuara hablando.

—Por ahora tengo suficiente con un problema. Puedo hacerme una idea de la cantidad de desastres en los que estás metido. —Se volvió hacia el puerto y los nubarrones que tapaban el cielo—. Aún podrías salvar el pellejo. Si hubieras vendido alguno de los objetos, la gente podría hablar. Pero si todavía los guardas escondidos, nadie sabe que los tienes. Tienes que volver a tu habitación. Destruye todo lo que te vincule con Ocella. ¿De qué estamos hablando? ¿De un par de armas? ¿De algunas joyas?

Niksar se masajeó las sienes y evitó mirar a su hermana.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos.

—No quiero ver nada. Tú deshazte de todo. Y hazlo rápido. Si los cazadores de brujas te pillan con esas cosas en tu poder, que Sigmar se apiade de nosotros.

—No puedo desprenderme de esas cosas como si nada, Zagora. Necesito venderlas. No tienes ni idea del lío en el que me meteré si no lo hago.

Zagora señaló la lejana fortaleza que se alzaba por encima de la bahía y los cuerpos encerrados en las jaulas que colgaban de sus muros.

—¿Un lío peor que si te capturan los Knights Excelsior?

Niksar se dejó caer contra el muro.

—Soy hombre muerto.

Zagora se puso recta y tiró de su hermano para levantarlo.

—Si murieras, mi vida sería mucho más sencilla.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con perplejidad Zagora.

Se encontraban en la abarrotada casa de huéspedes donde se alojaba Niksar, en la calle del Sortilegio, justo en la periferia del barrio comercial. Él ocupaba una habitación individual de tres por tres metros, y todo su mobiliario se reducía a tres elementos: un catre, un armario y una mesa coja atestada de botellas de vino empezadas y platos sucios. Junto a la cama había una montaña formada por piezas de armadura, huesos, armas, cajas y libros que Niksar había sacado del armario para vaciarlo.

Zagora negó con la cabeza.

—Dime que todo esto no te lo ha dado esa bruja.

Niksar asintió. Luego se acercó a la mesa, sirvió dos vasos de vino y le ofreció uno a su hermana.

Zagora volvió a negar con la cabeza.

—El día acaba de empezar.

—Eso es lo que me preocupa —dijo Niksar. Vació el contenido de un vaso en el otro y se bebió el vino de un trago—. No —añadió después de limpiarse la barba en la manga—, no todo me lo ha dado ella. —Se estremeció—. ¡Maldita sea, no recuerdo qué cosas exactamente conseguí a través de ella!

Zagora dio unos puntapiés al montón de objetos como si esperara que se movieran.

—¿En qué estabas pensando? Hasta yo me doy cuenta de lo peligrosas que son estas cosas. Mira esos símbolos. Ninguno de ellos es sigmarita. ¡Todos estos objetos fueron creados por personas que adoran a otros dioses, Niksar! ¡A los dioses equivocados! ¿Y tú los guardas aquí mismo, dentro de tu armario? ¿Qué pensabas hacer con todo esto?

Niksar se encogió de hombros.

—Pues diferentes cosas. —Mientras contemplaba su colección se olvidó de lo desesperada que era su situación y rememoró los distintos planes en los que había estado trabajando. Señaló una de las botellas—. El aceite puede convertir cualquier cosa en ambarhueso.

—Entonces, ¿por qué vives en este cuchitril?

—Todavía no conozco el método correcto. Pero Ocella tiene un contacto en la calle del Heraldo. Le prometió que él sabía cómo se hacía. Lleva esas criaturas en las pieles que le cuentan cosas. Solo tenemos que conseguir unos...

—¿Y eso qué es? —le interrumpió Zagora señalando una pezuña mohosa.

A Niksar se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Un talismán de Saltim. Un devoto de Saltim me daría lo que le pidiera por él.

—¿Alguna vez has visto a un devoto de Saltim?

—No, no exactamente. Pero una vez hablé con un tipo que...

—Eres un iluso. Siempre lo has sido. ¿Es que no te das cuenta? Estás obsesionado con hacerte rico y eres la persona más pobre que conozco. La mayoría de estas cosas solo son chatarra, hermano.

—Tú no lo entiendes, Zagora. En realidad no importa lo que sean estos objetos. Solo son un medio para conseguir un fin. Íbamos a utilizarlos para adquirir algo realmente especial, algo que lo habría cambiado todo. Ocella estaba hablando con el estibador sobre una cosa llamada alkahest atérico. Es una especie de talismán alquímico que nos permitiría...

—No quiero oírlo. Escúchate. Hablas como un pirado. ¿No lo ves? Todos estos talismanes y alkahestes solo te causarán problemas. Por su culpa ya estás metido en un lío.

Niksar quiso discutir con su hermana, pero el recuerdo de los cazadores de brujas le cerró la boca.

—Hay que sacar todo esto de aquí cuanto antes —dijo Zagora.

Niksar se dejó caer en la cama.

—No es tan fácil, Zagora. Tengo deudas... Unas deudas que ni te imaginas. Algunas de estas cosas eran muy caras. Si no las vendo será mi ruina. Peor que eso. El alkahest representaba mi salvación.

Zagora señaló hacia la mugrienta ventana de cristalámbar de la habitación y la calle del otro lado.

—Va a pasar hoy, Niksar. La Orden va a actuar esta mañana. La mitad de mi regimiento no habla de otra cosa. El Gran Cónclave sostiene

que estos temblores son culpa de las sectas del Caos, de los herejes que están actuando desde sus escondites en la ciudad. Han dado la orden a los cazadores de detener a cualquier persona que les parezca sospechosa. ¿Y si entran aquí y encuentran todo esto? Incluso a mí me dan ganas de quemarte en una pira.

—¿Y si no entran aquí?

—Ocella sabe cómo te llamas. Supongo que también sabe dónde vives. Y hay un miembro de una secta muerto en un callejón esperando a que lo encuentren.

Niksar siempre era cuidadoso, pero no había manera de garantizar que su nombre nunca se mencionaría. Miró el montón de cachivaches que le había dado Ocella. Eran cosas valiosas. Ocella nunca mostraba interés en la mayoría de los objetos que conseguía y le pagaba con cosas que excedían de largo su tarifa habitual. Entre otras cosas había pieles de los picos Despreciatruenos, marfil de la costa de Kald, un tocado con plumas de la cuenca del Myassa parecido al que Ocella se ponía. Y había armas con un diseño tan exótico que ni siquiera era capaz de ubicar su origen. Todas esas cosas eran su trampolín hacia una vida mejor. Había hecho tantos planes... Eran su oportunidad de saldar todas sus deudas y empezar de nuevo.

Su hermana se sentó a su lado en la cama.

—Mira, antes he sido injusta. Sé lo bueno que eres con la espada. —Se dio unos golpecitos en la coraza—. ¿Por qué no te alistas en la compañía Fénix? El capitán Tyndaris siempre anda buscando gente que valga la pena. —Arqueó una ceja—. Podríamos intentar convencerlo de que tú eres una de esas personas.

Niksar negó con la cabeza.

—A ti siempre te han ido bien las cosas. Siempre sales limpia y sonriente. ¿Por qué? ¿Cómo lo haces?

Zagora señaló con la cabeza los objetos apilados junto a la cama.

—Porque yo no persigo la riqueza, Niksar, por eso. Esa es una carrera que nunca ganarás. Yo estoy al servicio de la ciudad. Al servicio del Rey Dios. Lo demás no me importa.

Niksar quiso burlarse de ella, pero se sintió incapaz de hacerlo. Conocía a su hermana mejor que a cualquier otra persona y, a diferencia de la mayoría de la gente, era sincera. Su único deseo era hacer el bien, llevar una vida honrada. Así de simple era su visión del mundo, a un tiempo asombrosa y exasperante.

—Estoy endeudado con todos los prestamistas de la ciudad —dijo entre dientes Niksar—. Si no vendo estas cosas estoy tan muerto como si me pillaran los de la Orden. —Tendió la mano hacia la botella de vino, pero Zagora la alejó para que no la alcanzara.

Niksar ya se disponía a protestar cuando sonó un grito en el piso de encima. Ni siquiera la lluvia amortiguó el espantoso chillido.

Niksar se acercó a la ventana y limpió una parte del cristalámbar. Se oyó otro grito seguido de disparos, un traqueteo de espadas y el estrépito de madera partida.

Zagora se puso al lado de su hermano en la ventana justo cuando las llamas aparecían en Las Venas pugnando con la lluvia, a menos de un kilómetro de la casa de Niksar. Los pájaros salieron volando de los tejados y los perros aullaron. Algunas llamas se desplazaron y Niksar se dio cuenta de que eran antorchas, con la forma del cometa de dos colas. Cuando la luz se proyectó de soslayo y destelló, Niksar atisbó unos edictos clavados a unas tablas y unas efigies de madera blandiendo martillos.

—Fanáticos.

Zagora asintió.

—Ya han comenzado la cacería. Quizá vigilaban a tu amigo el estibador.

—No era mi amigo.

Llegaron gritos desde otra dirección y surgieron llamas en otro barrio de chabolas. El ruido de lucha resonó en el silencio de primera hora de la mañana.

—Tenemos que darnos prisa. —Zagora se volvió hacia la montaña de objetos—. No pueden encontrarte con todas estas cosas.

Niksar sintió que un gran peso lo aplastaba y que tenía dificultades para respirar. Pero asintió con la cabeza, cogió un saco y empezó a meter los objetos en su interior. Se interrumpió y miró a su alrededor.

—¿No sería mejor prender fuego a la habitación? Les echarían la culpa a los fanáticos.

Zagora lo fulminó con la mirada.

—Piensa en la cantidad de habitaciones que hay en esta casa. Y en lo cerca que está del edificio de enfrente. El fuego se propagaría fuera de estas cuatro paredes. Moriría gente. Y la culpa sería nuestra. Y nosotros no somos fanáticos.

—A veces pienso que ojalá lo fuera —masculló Niksar mientras metía objetos en la enorme bolsa.

Zagora cogió otro saco y unos minutos después el suelo del cuarto estaba casi completamente despejado.

Un coro de gritos llegó desde los pisos de abajo, seguido por el ruido de madera partida.

Niksar y Zagora se quedaron helados, mirándose. Corrieron de nuevo hasta la ventana y vieron unas figuras mugrientas y vestidas con harapos que se precipitaban por las calles empuñando porras y hierros de marcar. Algunos se habían detenido delante del edificio y estaban aporreando las puertas. Un cazador de brujas armado con una pistola y con una gorra alta de visera en la cabeza los apremiaba con aspavientos.

—Tienen tu nombre —musitó Zagora—. No hay otra explicación. ¿Por qué si no habrían venido directamente aquí? No puede ser una coincidencia.

—Maldita sea —farfulló Niksar—. De verdad voy a tener que destruir todo esto. —Una parte de él se había aferrado a la esperanza de que su hermana se hubiera equivocado.

Zagora lo agarró del brazo.

—No podemos bajar por la escalera con estas cosas como si nada. ¿Hay otra salida?

Niksar negó con la cabeza y luego miró por la ventana.

—Tal vez. En la fachada todavía quedan algunos restos de los motores de tormenta. Viejas máquinas de los Colegios. Ya no se utilizan, pero son bastante sólidos. Podríamos escalar por ellos.

Zagora echó un vistazo a los dos sacos que habían llenado.

—¿Cargados con los sacos?

Niksar frunció el ceño. El volumen de los gritos y de la lucha creció cuando los fanáticos entraron en tropel en las plantas inferiores del edificio.

—Es eso o la horca. O algo aún peor...

Se apresuraron a meter los objetos que quedaban en los sacos y echaron una última mirada a la habitación.

—¿Estás seguro de que está todo? —preguntó Zagora señalando con la cabeza unas cosas que había debajo de la mesa—. ¿Qué hay ahí?

—Nada —respondió Niksar. Pero inmediatamente maldijo—. Espera. Hay algo. —Levantó la cama sobre dos patas e hizo un gesto con la cabeza hacia el suelo—. Ahí hay una tabla suelta. Debajo hay un destello. Rara vez me pagaba con piedras de adivinación, pero me dijo que esta era especial.

Zagora se metió gateando debajo de la cama y levantó la tabla del suelo, pero cuando vio la brillante piedra se quedó mirándola y dudó si cogerla.

—¡Date prisa! —espetó Niksar.

Zagora masculló alguna cosa y agarró la piedra, pero en el mismo momento en que la tocó, su cuerpo dio una sacudida, como si le hubieran dado una patada. Se le escapó un grito de sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó Niksar intentando agacharse al mismo tiempo que sujetaba la cama—. ¿Qué haces?

Su hermana parecía incapaz de hablar. Balbuceaba y jadeaba como si le doliera algo. Entonces, con otro grito ininteligible, cayó desplomada al suelo y encogió el cuerpo para ponerse en posición fetal, con la piedra apretada contra el pecho.

—¿Zagora? —Niksar intentó verle la cara, pero la tenía vuelta hacia el otro lado—. En el nombre de Sigmar, ¿qué estás haciendo?

Zagora farfulló algo. Su voz sonaba rara. Era como si gruñera en vez de hablar. Luego empezó a temblar.

—¿A qué estás jugando?

Niksar sujetó la cama con una mano y se arrodilló para acercarse a su hermana. Cuando apenas unos centímetros separaban su mano del hombro de Zagora, la retiró bruscamente, alarmado. Una luz blanca brotaba de debajo de su coraza y estriaba la oscuridad del cuarto con unos finos haces luminosos en los que flotaban motas de polvo. Niksar giró el cuerpo de su hermana para tumbarla bocarriba. Zagora tenía los ojos abiertos y en blanco y su boca se abría y se cerraba sin emitir ningún sonido.

En el pasillo sonó un estruendo y se oyeron unas voces que se acercaban al cuarto de Niksar. Una mujer gritó y retumbó un estrépito de espadas.

—¡Están aquí! —susurró Niksar mientras sacaba a rastras a su hermana de debajo de la cama y trataba de aplacar sus temblores.

Zagora gruñía y miraba fijamente las luces que bailaban en la oscuridad mientras su cuerpo seguía sufriendo convulsiones. Niksar nunca había visto una reacción tan violenta al contacto con un destello. Las piedras de augurios inducían una visión de bruja que mostraba milagrosamente imágenes del futuro, pero normalmente nunca iban más allá de una vaga previsión de lluvia o una advertencia sobre una partida de cartas. Niksar no sabía de ningún caso en el que un destello hubiera hecho brotar luz del cuerpo de alguien. La piel de su hermana brillaba;

parecía uno de esos faroles aetéricos del Colegio Arcanum. Hacía frío en el cuarto, pero ella tenía la cara cubierta de sudor.

Sonó un estrépito de pasos en el pasillo y el fragor de lucha se incrementó. Niksar oyó un canto entrecortado y una voz grave que bramaba al otro lado de su puerta.

—¡Abre ahora mismo! ¡Por la más bendita Orden de Azyr! —Unas brasas se avivaron detrás de la puerta de madera cuando le dieron una patada desde el otro lado.

Niksar llenó un vaso de vino y lo vertió en la cara de su hermana. Zagora tosió y finalmente fijó la mirada en él.

—Lo he visto —musitó Zagora agarrándole el brazo.

—¿Qué has visto?

—El Banquete de Gnorl. —Estrujó el brazo de su hermano. Le brillaban los ojos—. He estado allí, en el Cerro Fiel.

Niksar tuvo la impresión de que estaba con una desconocida en su cuarto. Su hermana parecía haber sufrido una transformación. O estar poseída.

—¿Qué cerro? ¿De qué...? —Pero antes de que pudiera terminar la pregunta, entró más luz por los huecos que quedaban alrededor de la puerta de madera cuando alguien le propinó otra patada para arrancarla del marco—. Tenemos que irnos de aquí. —Niksar tiró de su hermana para levantarla—. ¿Puedes caminar?

Zagora tenía la mirada perdida y parecía aturdida. Era como si hubiera olvidado quién era.

—¿Zagora! —espetó Niksar, sacudiendo la cabeza en dirección a la puerta—. ¡La Orden de Azyr! ¿Lo recuerdas?

Zagora asintió. Luego negó con la cabeza mirando fijamente a su hermano, visiblemente desconcertada.

—¿Qué ha pasado?

—¿Y me lo preguntas a mí? —Niksar le dio un saco a su hermana y la llevó hasta la ventana. A continuación descorrió el pestillo y la bisagras chirriaron cuando la empujó para abrirla—. Ya hablaremos después —dijo mientras ayudaba a Zagora a salir. Lanzó una mirada a la puerta, que estaba a punto de ceder—. Si es que podemos.